BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

MI HOMÓNIMO

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglado á la escena española

POR

D. SALVADOR LASTRA

Estrenado con éxito en el TEATRO DE VARIEDADES, el 18 de Octubre de 1883

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1883

MI HOMÓNIMO.

A mi querido amigo y compañero
Recio

el autor

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA.	Sra. Espejo.
JULIA.	Srta. Rubio.
DON RAIMUNDO CEBOLLINO.	Sr. Lujan.
DON LEON CABEZA DE VACA.	» Mariscal.
BENITO.	» Sanchez.

Época actual.—La accion en casa de Raimundo.



ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro. En primer término derecha una mesa de despacho con escribanía, papeles, libros; junto á la pared una butaca. En primer término izquierda un velador con un bastidor de bordar. Puertas en primer término izquierda y segundo derecha. Tirador de campanilla foro.

ESCENA PRIMERA.

BENITO, con cepillo y levita, y á poco LEON CABEZA DE VACA.

BENITO. (Aparece sentado en una butaca, con la levita tocando el suelo.) Condenada levita y cuantu polvu tiene; hace una hora que estoy dale que dale, y nun consigo limpiarla; dónde demonios se habrá metidu el amu con ella!... Ahora veo que tiene razon mi paisano el carbonero, al decir que el amu frecuenta malus sitius; por eso trae tan súcia su levita. (Dando vueltas á la levita y limpiando la parte que está en el suelo.)

LEON. (Saliendo.) El procurador don Raimundo Cebollino? (Con cigarro.)

BENITO Ha salido.

LEON. Mentira!

BENITO. Cómu?

LEON. Te digo que mientes, el portero me ha dicho

que está. Anda á buscarle.

BENITO. Pero...

LEON. No admito réplicas. Pues bonito génio tengo yo, para que me contradigan.

BENITO. Es que sin duda usted olvida una cosa.

LEON. El qué?...

BENITO. Que hoy es domingo.

LEON. Sí, y mañana lunes.

BENITO. Y por consiguiente está cerradu el despachu.

LEON. Animal. Si estuviese cerrado no hubiera podido entrar. Demonio de cigarro y que mal arde. (Lo tira.) Vamos, anúnciame! Media vuelta á la izquierda, paso redoblado, march!...

BENITO. Peru cómu quiere usted que le diga que mi amu nu recibe?

LEON. Insolente! Te atreves á desobedecerme! Pues bonito génio tengo yo. (Pegándole.) Vamos listo!

BENITO. Ya voy; pero nun hace falta amenazar, para decirme. . (Debe ser de caballería.) (Vase.)

ESCENA II.

LEON, á poco BENITO, puerta derecha.

LEON. Pues, señor, me va perfectamente con mi sistema; en cuanto quiero una cosa, no tengo más que echarla de valiente, y al punto me veo obedecido. La verdad es que mi aspecto y mi maneras bruscas engañan; todos me toman por un militar, y casi puede decirse que lo soy. He tenido la contrata de 70.000 sables, y todos han pasado por mi mano; de manera que ésta es una gran prueba de valor. Los que antes se burlaban de mí por mi carácter dócil y sumiso, ahora me respetan y me temen. Y hasta mi mujer, que antes hacia de mí lo que le daba la gana, ahora no quiere vivir conmigo y pide el divorcio... y todo, por qué? Porque la asusta mi aspecto terrorífico, y me tiene miedo. Pero yo la haré entrar en cintura. Y en cuanto á ese señor Cebollino, si tiene la avilantez de encargar-

se del divorcio, le amenazo con batirme con él... Pues bonito genio tengo yo!

BENITO. Caballero!

LEON. Qué, viene tu amo?

BENITO. Me ha dicho que le dijera á usted que no está en casa.

LEON. Te burlas de mí? Qué hace tu amo?

BENITO. Está acostadu en la cama.

LEON. A qué hora se levanta?...

BENITO. El señor almuerza á la una.

LEON. Pues dile que á las doce y media estoy aquí y que no me gusta esperar á nadie... Bonito génio tengo yo para...

BENITO. Descuide usted, que diréle todu esu.

ESCENA III.

DICHOS.—LUISA, puerta izquierda.

LUISA. Benito, véte corriendo á casa del fotógrafo de la calle del Príncipe y... Ah, caballero.

LEON. Señora!... (Esta debe ser la esposa del procurador.)

LUISA. Quién es? (Bajo á Benito.)

BENITO. Un caballero que buscaba al amu!

LUISA. Algun cliente de Raimundo.

BENITO. Ahora que habla usted de fotográfos, me acuerdo que tengo aquí un fotográfo para usted, que ha traido un criado esta mañana. (Sacando una fotografía.)

LUISA. Precisamente lo que te mandaba á buscar. El retrato de mi marido

BENITO. Y que parece que está hablandu solu.

LUISA. Oh! sí; está muy parecido. Y eso que está sacado de uno suyo al óleo.

LEON. (Mirando por detrás de Luisa.) Con efecto; es el mismo.

LUISA. Usted le conoce?

LEON. Como procurador, no señora, pero como abonado á los bailes de Capellanes, mucho.

LUISA. Caballero, me parece que se equivoca usted.

LEON. No por cierto; le he visto muchas veces en ese sitio, pero ignoraba que fuese procurador.

LUISA. Pero si él no sabe bailar!

LEON. Que no? Y es presidente de la «Melosa.»

LUISA. Y eso qué es?

LEON. Una sociedad de baile.

BENITO. (Yo creí que era una confitería.)

LUISA. Mi marido, presidente de... le repito, caballero, que usted se engaña.

LEON. Como usted quiera, señora; despues de todo yo no voy ganando nada. Pues bonito génio tengo yo... A los piés de usted, señora.

LUISA. Beso á usted la mano.

LEON. (Es guapa la mujer de ese bailarin.) Que no te olvides de decirle á tu amo que á las doce y media estoy aquí.

BENITO. Descuide usted.

LEON. (Maldito cigarro y qué mal arde.) (Váse.)

ESCENA IV.

BENITO.—LUISA.

LUISA. Conoces tú á ese caballero?

BENITO. Es la primera vez que ha venido aquí.

LUISA. Raimundo ir á Capellanes? Imposible.

BENITO. Eso mismo le he dichu yo á mi paisano el de enfrente cuando me asegura que ha visto ayer al amu en el puente de Vallecas cumiendo callos y caracoles, y bailando con unas jóvenes.

LUISA. Mi marido en el puente de Vallecas?

BENITO. Todu un señor procurador iba á comer caracoles... Esu se queda para mi paisano. Peru él sostiene que le ha visto de cuerpo presente lo mismo que yo la veo á usté ahora.

LUISA. Dios mio, si será verdad!

BENITO. Aquí viene el amu. (Mirando por la puerta derecha.)

LUISA. Está bien, déjanos solos.

BENITO. (Otro cigarro; ese caballero lleva un estanco en el bolsillo.) (Váse foro.)

ESCENA V.

LUISA.—RAIMUNDO, por la puerta derecha.

RAIM. Hija mia; cada dia es más bruto Benito. Le mando que me limpie la levita, y me la devuelve llena de polvo. Está visto que el dia que tú no haces las cosas...

LUISA. Raimundo, mírame á la cara.

RAIM. Con mucho gusto. Hoy estás lindísima.

LUISA. No se trata de mí! Conoces á «La Melosa?»

RAIM. (Diablo!) Y quién es esa señora?

LUISA. Es una sociedad de baile de la que tú eres presidente.

RAIM. Yo? Qué disparate, mujer! (Quién le habrá dicho?...)

LUISA. No lo niegues, Raimundo; además te han visto varias veces en los bailes de Capellanes.

RAIM. Pero, Luisa, es posible que hallas creido semejante burla?

LUISA. Pues hay quien asegura que te ha visto allí. Y no es esto solo; el paisano de Benito dice que ayer te vió en el puente de Vallecas, en compañía de unas jóvenes.

RAIM. (Demonio, pues todo lo sabe. Apelemos á mi gran recurso.) Ah! ya sé lo que es. Y yo que lo habia olvidado...

LUISA. Qué te pasa?

RAIM. Que tiene razon el que asegura que me ha visto en el puente de Vallecas...

LUISA. Cómo?

RAIM. Y tambien en los bailes de Capellanes.

LUISA. Luego confiesas...

RAIM. Y sin embargo, querida Luisa, te juro por las Siete Partidas, que jamás he frecuentado esos sitios, ni soy presidente de ninguna sociedad de baile.

LUISA. Pues no acabas de decir...

RAIM. Vas á comprenderlo enseguida. No es á mí á quien han visto, sino á él... al otro.

LUISA. Al otro?

RAIM. Sí; á mi fotografía ambulante.
LUISA. Cómo?... Hay alguno que se te parece?...
RAIM. De una manera asombrosa; como dos gotas de agua entre sí. En fin; ver á él y verme á mí, es lo mismo. (Y no miento.)
LUISA. Y tú le has visto?
RAIM. Una sola vez. Tú ya sabes que yo no fumo... porque me lo has prohibido.
LUISA. No tal; te lo he suplicado.
RAIM. Bueno; para mí es lo mismo. Pues bien; hace tres dias fuí al bazar de la Union, ese establecimiento que visita todo Madrid, con el objeto de comprar un neceser para tí, cuando al pasar por delante de un espejo, miro, y me veo con un cigarro en la boca.
LUISA. Y así cumples lo prometido?
RAIM. Pero si no era yo; era él, que estaba fumando y arreglándose el lazo de la corbata.
LUISA. Ah! vamos, el otro!
RAIM. Sí; el otro yo, mi contrafigura. Yo me quedé así... como el que ve visiones.
LUISA. Pero tanto se te parece?
RAIM. Estoy seguro que si algun dia lo encuentras, lo equivocas conmigo. Mira, tengo que salir; si quieres limpiarme un poco la levita mientras yo busco unos papeles ..
LUISA. Con mucho gusto. Hasta luego, querido esposo. (Vase.)
RAIM. Adios... tortolita.

ESCENA VI.

RAIMUNDO.

Já! já! já! Soy el marido más pillo que existe en el mundo. La verdad es que el sistema que he adoptado es de un éxito seguro. Así, si alguien me ve en Capellanes ó en otra parte con un tra, picheo, porque tengo varios, diré que es el otro-ese sér fantástico que yo he creado, y que sólo existe para mi mujer. Soy otro don Juan Teno-

rio! Unicamente esa viudita encantadora que visita la casa de la señora de Lopez, y á quien yo espeté una declaracion de amor fingiéndome soltero, es la que se muestra un poco rehacia. Por el pronto, ayer le arrebaté esta sortija, porque yo soy muy atrevido con las mujeres, y este será el lazo que... Mi mujer.

ESCENA VII.

RAIMUNDO.—LUISA, á poco BENITO.

LUISA. Querido esposo, ya tiene usted su levita cepillada, y además un clavel que le he puesto en el ojal.

RAIM. Pero, hija, no está bien á mi edad que vaya...

LUISA. Y qué, otros hay más viejos que tú.

RAIM. En fin, si es gusto tuyo... porque no digas que trato de contrariarte...

LUISA. Ah! eres el mejor de los maridos

RAIM. El mejor... (Estoy resuelto; la viudita será mi última aventura.) (Abraza á Luisa.)

BENITO. (Saliendo.) Señor!

RAIM. Qué?

BENITO. Nada... nun tengo prisa.

RAIM. Animal! Qué es lo que quieres?... Nadie te ha llamado.

BENITO. Ya lo sé; pero ahí fuera está una señora que viene á consultar á usted sobre un asunto...

RAIM. Ah! vamos; una cliente. Dile que pase. (Vase Benito.) Esposa mia; haz el favor de recibirla, mientras yo me pongo la levita. No es cosa que me vea en esta *neglige*... Salgo en seguida. (Vase.)

ESCENA VIII.

LUISA.—BENITO.—JULIA.

BENITO. Pase usted señora. (Vase.)

JULIA. Gracias.

LUISA. Tenga usted la bondad de sentarse, mientras...

Qué veo! Julia!

JULIA. Luisa! Tú aquí?... (Abrazándose.)

LUISA. Pues qué, ignoras que me he casado y que soy la esposa del procurador á quien vienes á consultar?

JULIA. No lo sabia; te fuiste del colegio sin despedirte de mí...

LUISA. Dispénsame; fué tan repentina mi marcha... pero y tú, tienes algun pleito?

JULIA. Sí.

LUISA. Vamos á ver... siéntate á mi lado y cuéntame lo que te pasa .. Tal vez yo pueda aconsejarte mejor que mi esposo. (Se sienta)

JULIA. Ay, querida Luisa Es una historia muy triste. En primer lugar me casé

LUISA. Cómo, te has quedado viuda?... (Asusta da.)

JULIA. No.

LUISA. Dices eso con un tono que...

JULÍA. Compadéceme; me he casado con un agente de Bolsa que se apellida Cabeza de Vaca.

LUISA. De modo que eres la señora de Cabeza de Vaca. Y esa es toda tu desgracia?

JULIA. Algo contribuye; pero no es eso solo. El apellido me desagradó en un principio, pero como su propietario anunciaba ser un excelente marido, accedí á los ruegos de mis padres y me casé. Los seis primeros meses pasaron bastante bien, mi esposo era una malva. Pero el año pasado tuvo la desgraciada idea de meterse en empresas militares y desde aquel dia ya no fué el mismo. Se volvió de un carácter irresistible, llenó mi casa de sables, fumaba á mi lado en pipa y por la más ligera falta le pegaba al criado. En fin, hasta tuvo la insolencia de amenazarme.

LUISA. A tí?

JULIA. Sí, á su esposa; ya comprenderás que al dia siguiente me fuí á casa de mis padres.

LUISA. Abandonaste á tu marido?

JULIA. Deserté, como él dice; así es que vengo á rogar á tu esposo me sirva de procurador para un pleito de separacion.

LUISA. Pero considera...

JULIA. Nada, estoy resuelta. Ah! por qué no se establecerá el divorcio completo.

LUISA. El divorcio...

JULIA. Sí, porque entonces podria volverme á casar, mientras que ahora me hallo en una posicion muy delicada. Como no puedo contar á todo el mundo mis infortunios conyugales, dejo creer que soy viuda y... lo que es natural... (Con coquetería.) tengo pretendientes. Uno sobre todo, un tal Saltillo, que es lo más atrevido... Figúrate que ayer me arrancó del dedo una sortija de turquesas...

LUISA. Y tú le has consentido...

JULIA. No tengas cuidado, me la devolverá. Y tú, eres feliz?

LUISA. Oh, sí; soy completamente dichosa.

JULIA. Te tengo envidia; si mi esposo...

LUISA. Pues yo en tu lugar, perdonaria y me dejaría de pleitos.

JULIA. No pleitear!... Y eso lo dice la esposa de un procurador... Has errado la vocacion; debias haberte casado con un juez de paz.

LUISA. Eres la misma de siempre. Aquí viene mi esposo; ya verás como eres de mi opinion.

ESCENA IX.

DICHAS.—RAIMUNDO con levita y flor.

LUISA. Raimundo, te presento á una de mis mejores amigas.

RAIM. Mucho celebro, señora... (Ah!)

JULIA. (Oh!)

LUISA. Qué es eso?

RAIM. Nada.

JULIA. (Saltillo!)

RAIM. (Mi viudita. Aquí va á pasar algo.)

JULIA. Me parece que ya he tenido el gusto de ver á tu esposo! (Mirándole, y con mucha intencion.)

RAIM. A mí? (Ya empezó Cristo á padecer.) Acaso en la sala tercera del Tribunal Supremo, á donde voy todos los dias...

JULIA. Y hasta creo que yo no le soy desconocida... míreme usted bien.

RAIM. Pues no. . no recuerdo...

JULIA. (Qué descaro!) No estuvo usted anoche en la reunion de la señora de Lopez?

RAIM. De Lopez?...

LUISA. Mi marido asistió anoche á una conferencia científica.

RAIM. Cierto? (Ella misma me ayuda.)

JULIA. Pues señor, jurara que este caballero es el mismo que anoche...

LUISA. Ah, ya sé lo que es Já, já, já! Tiene gracia. No lo adivinas?

RAIM. No.

LUISA. Julia te ha tomado por el otro!

RAIM. Pues es verdad! Y yo que no habia caido... Figúrese usted, señora, que anda por esos mundos de Dios un caballero que se me parece de una manera asombrosa. Y esto es perjudicial... no para él, sino para la paz de mi matrimonio. Ya es usted la tercera persona que ha creido...

JULIA. De veras? (Con desconfianza.)

LUISA. No lo dudes! Ya ves; tú misma te has figurado por un momento...

JULIA. Podrá ser... Sin embargo, los mismos ojos... la misma boca...

RAIM. Qué te decia yo antes! (A Luisa.)

JULIA. La misma voz...

RAIM. Vamos, si esto es prodigioso; hasta tiene mi voz... Ese demonio de hombre me va á comprometer.

JULIA. Usted me dispensará; pero cuanto más le miro, más me parece ver al señor Saltillo.

RAIM. Saltillo?.. Se llama Saltillo ese caballero?... Tenga usted la bondad de decirme dónde vive!

LUISA. Para qué?

RAIM. Para correr á su casa y hacerle una marca en la frente ó en un carrillo, á ver si de ese modo...

LUISA. Qué locura! Mira, dejemos en paz á ese caballero, y hablemos del pleito de Julia.

RAIM. Esta señora tiene un pleito?

JULIA. Sí señor.

LUISA. Vamos, cuéntaselo todo á tu procurador, confiésate con él; yo no debo escuchar nada. (Se sienta á la derecha y se pone á bordar. Raimundo pasa á la mesa de despacho y Julia se coloca enfrente de él.)

RAIM. Hable usted, señora; siento un verdadero placer en poder ser útil á una persona... (Ay, si no estuviera aquí mi mujer!)

JULIA. Caballero... (Vamos, si cuanto más lo miro!...) Deseo litigar contra mi marido. Estoy decidida á separarme de él.

RAIM. Separacion de bienes y de...

JULIA. De todo.

RAIM. Hace usted bien; las cosas no deben hacerse á medias... (Y así podré yo mejor ..) Y vamos á ver, usted tendrá motivos suficientes para...

JULIA. Oh, sí señor; tengo muchos!

RAIM. Tanto mejor.

JULIA. En primer lugar, es muy feo.

RAIM. Si no tiene usted más que ese, desgraciadamente la ley proteje la fealdad. Lo que prueba que el Código no ha sido hecho por un Apolo. Pero no importa, ya encontraremos medio... Usted traerá la partida de casamiento, la cédula de vecindad.

JULIA. Sí señor, y además traigo escritas en un papel las causas que me obligan á dar este paso. (Saca unos papeles.)

RAIM. Perfectamente; pues tenga usted la bondad de dármelos y yo la respondo...

LUISA. Tome usted! (Entregándole los papeles.)

RAIM. De esa linda mano sólo puede venir... (Al ir á cogerle los papeles, Julia le ve la sortija de turquesas y da un grito dejando caer el pañuelo.)

JULIA. Cielos!

RAIM. Eh?

LUISA. (Levantándose.) Qué es eso?

JULIA. Nada... que me he pinchado. (Mi sortija; era él!)

RAIM. Pues voy ahora mismo á casa del abogado y allí concertaremos su plan.

LUISA. Conque es cosa resuelta? (A Julia.)

JULIA. Sí. (Y decia que era tan bueno!...)

RAIM. Y si esta señora acepta un asiento en mi coche, tendré á mucho honor...

LUISA. Dispensa, pero no suelto á Julia; hoy se queda á comer conmigo. No es verdad?

JULIA. Sí; además, tenemos mucho que hablar... (Con intencion.)

RAIM. (Me escamo; si dudará...) Pues las dejo á ustedes... Señora... (Saludándola.)

ESCENA X.

LUISA.—JULIA.—A poco BENITO.

LUISA. Vamos á ver, qué te parece mi marido?

JULIA. Que es un mónstruo, un malvado!

LUISA. Cómo?

JULIA. Ese Saltillo, ese pretendiente tan atrevido...

LUISA. Qué?

JULIA. Es tu marido.

LUISA. Imposible.

JULIA. Tengo una prueba. La sortija de turquesas que ayer me arrancó, está en el dedo de tu esposo.

LUISA. Estás segura?

JULIA. Acabo de vérsela ahora mismo, al entregarle los papeles del pleito.

LUISA. Luego todo lo que me ha contado de ese caballero que se le parece...

JULIA. Es una farsa que ha inventado para que tú no descubras sus gatuperios. Oh! se conoce que no es tonto tu marido.

LUISA. Y yo que confiaba...

BENITO. (Saliendo.) Señora, ahí está el de antes.

LUISA. No quiero recibir á nadie. Dí que no estoy. (Vase Benito.) Ven conmigo á mi cuarto Julia, me estoy ahogando de pena...

JULIA. Vamos allá; pero es preciso que te vengues de él.

LUISA. Cómo?

JULIA. Hay que cogerle en sus propias redes. Adentro te explicaré mi plan. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA XI.

BENITO.—DON LEON.

BENITO. (Saliendo.) Cuando le digu á usted que no hay nadie.

LEON. Mientes como un bellaco! (Mirando por la escena.) Anúnciame ó vive Dios que te estrangulo... (Cogiéndole por la solapa.)

BENITO. Ea, ya me canso yo de contemplaciones. Si vuelve usted á ponerme la mano encima, del primer puñetazo le hundo á usted la espina dorsal de la cabeza. Pur que tengo más fuerzas que un animal.

LEON. (Malo; este me pega.) Bien, hombre, bien; no te incomodes. Tus razones me han convencido y te creo. A qué hora vendrá tu amo?

BENITO. Nun lu sé.

LEON. Ves como al fin nos entendemos .. Yo, cuando me hablan con dulzura, soy una malva, incapaz de... Maldito cigarro y qué mal arde. (Tirando el cigarro.) Qué veo! Este pañuelo!... Sí... es el de Julia; son sus iniciales... Luego ha estado aquí, ha hablado con tu amo?... Toma esta moneda y ocúltame en un sitio hasta que venga don Raimundo. Necesito hablarle antes que vuelva mi mujer. (Dándole una moneda.)

BENITO. Mire usted, por ahí todo derecho; se tuerce usted á la izquierda, y se mete usted en el primer cuarto, que es el ropero.

LEON. Gracias, muchacho. No dejes de avisarme cuando venga. (Vase puerta foro izquierda.)

BENITO. Descuide usted.

ESCENA XII.

BENITO, á poco DON RAIMUNDO, á poco LUISA.

BENITO. A estas gentes hay que enseñarlas á educacion de cuando en cuando, sino se le suben á uno á

la cabeza! Calle! Me ha dado un perro chico... habrá roñoso!

RAIM. (He dejado para más tarde el ir á casa del abogado, porque no estoy tranquilo.)

BENITO. Señor, ahí está un sugeto ..

RAIM. No estoy para nadie.

BENITO. Está bien. (Me parece que viene avinagrado.) (Vase.)

RAIM. La amistad de la viudita con mi esposa no me hace mucha gracia... esa mujer es muy lista y es fácil que no haya creido la existencia de el otro... yo. Y si se lo cuenta á Luisa... estemos alerta, no haga el diablo!... (Se sienta á la izquierda. Luisa sale puerta derecha.)

LUISA. (Saliendo.) (El es! Empecemos el plan de Julia.) (Se sienta á la derecha vuelta de espaldas á Raimundo.) (Tose.) Ejem! Ejem!

RAIM. Eh?... (Calle, mi esposa! Es preciso sonsacarla con maña! Y puesto que no me ha visto, haré como que vengo de la calle.) (Sube al foro de puntillas y baja al proscenio haciendo ruido.)

LUISA. (Dios mio, se marcha. .)

RAIM. (Alto.) Hola, Luisa! (Bajando al proscenio.)

LUISA. (Fingiendo sorpresa.) Ah!

RAIM. No te asustes, pichoncita. Soy yo; tu tierno esposo.

LUISA. Dios mio! Es asombroso! (Mirándolo.)

RAIM. El que haya vuelto tan pronto?...

LUISA. La misma voz!...

RAIM. Qué?...

LUISA. La misma cara...

RAIM. Pero qué diablos te pasa?...

LUISA. No se acerque usted, caballero.

RAIM. Caballero?...

LUISA. Ya me habian dicho que era usted muy atrevido.

RAIM. (Con quién habla?...) (Mirando por la escena.)

LUISA. Penetrar en una casa, que no es suya...

RAIM. Cómo?...

LUISA. Valido de esa semejanza.

RAIM. (Ahora caigo! Me toma por el otro... Ja, ja, ja! Tiene gracia.) Pero Luisa...

LUISA. Sé quién es usted; el corazon de una mujer jamás se engaña...

RAIM. (Pues como sea así siempre...) Pero ven acá, mírame bien...

LUISA. Caballero, le prohibo á usted que me tutee.

RAIM. Pero si soy yo, tu Cebollino.

LUISA. Es inútil el fingimiento, porque le conozco á usted perfectamente. Usted es el señor Saltillo.

RAIM. Repito que te equivocas.

LUISA. Y si no se va usted pronto, llamaré al criado y él le obligará...

RAIM. (Tendria que ver que me echaran de mi casa.) Te juro que soy Cebollino, el verdadero Cebollino, y en prueba de ello... (Intenta abrazarla, y Luisa corre.)

LUISA. No se acerque usted, señor Saltillo...

RAIM. Qué Saltillo ni qué... No existe ningun Saltillo.

LUISA. Cómo?...

RAIM. (Diablo!) Es decir... no existe en esta sala.

LUISA. Pues yo tengo una prueba de que sí.

RAIM. (Caracoles!) Y qué prueba es esa?

LUISA. Esa sortija que lleva usted.

RAIM. (Uf! la de la viudita!) Esto no prueba nada.

LUISA. Sí tal. El señor Saltillo se le quitó anoche á mi amiga Julia al hacerla una declaracion.

RAIM. (Me he lucido!)

LUISA. Luego si no es Saltillo, es ested mi marido... y si usted es mi marido, entonces me ha engañado usted.

RAIM. (Me cogió en la ratonera!)

LUISA. Ahora, puede usted decir quién es.

RAIM. (Pues, señor, me veo obligado á no ser el marido de mi mujer.)

LUISA. Hable usted, caballero.

RAIM. (Sigamos la farsa.) Pues bien, señora; ya que es preciso decir la verdad, le confesaré que yo soy...

LUISA. El señor Saltillo?,..

RAIM. Justamente.

LUISA. (Ah, infame!) (Tira del cordon de la campanilla.)

RAIM. Yo he penetrado en casa de usted merced á ese

parecido tan grande con su esposo, porque una inmensa pasion... qué hace usted?

LUISA. Va usted á saberlo enseguida.

BENITO. (Saliendo) Ha llamadu usted?

LUISA. Sí, arroja á ese caballero de mi casa.

BENITO. Curriente (Bajando á donde está Raimundo.)

RAIM. (Esto sí que tiene gracia.)

BENITO. Vamus, largo de aquí. Calla, pues si es el amu!

LUISA. Estás equivocado; ese caballero no es mi esposo.

BENITO. Que no es...

RAIM. Cállate, imbécil; no soy yo. (Bajo á Benito.)

BENITO. (Dios mio, si tendré yo *catarratas* en lus ojos.)

LUISA. Y siempre que vuelva el señor Saltillo...

BENITO. Saltillo?...

RAIM. Servidor de usted.

LUISA. Y pregunte por mí, le dices que no estoy en casa.

BENITO. Buenu!

LUISA. Caballero... (Saludándole é indicándole la puerta.)

RAIM. Comprendido .. No te incomodes, yo sé la salida .. (Pues señor me echan de mi casa) (Vase con Benito.)

ESCENA XIII.

LUISA, á poco RAIMUNDO por derecha.

LUISA. Y se vá... y yo tonta que he creido que caeria á mis piés pidiéndome perdon, jurándome que no me engañará más?... No me quiere; me hace creer la existencia de ese Saltillo que le sirve de máscara... Oh! es preciso que le castigue severamente... pero como .. Ah, ya sé! (Se queda pensativa.)

RAIM. (He penetrado en mi cuarto por la puerta del pasillo para hacer creer á mi mujer que yo, soy yo; es decir, su esposo, desaparezca la sortija y con ella Saltillo.) (Se quita la sortija y se la guarda.)

LUISA. (El es; ya verás la que te espera.)

RAIM. Ejem! Ejem! (Tosiendo fuerte.)

LUISA. (Volviendo la cara, pero sin asustarse.) Eh?..,

RAIM. Soy yo, querida Luisa, soy yo.

LUISA. Ya lo veo. (Sigue bordando.)

RAIM. (Calle, ahora no se ha asustado!) He dejado para mañana el ir á casa del abogado.

LUISA. Ya lo sé.

RAIM. Cómo?

LUISA. Que ya lo sé.

RAIM. (Que ya lo sabe?... Ah! es claro; si estoy aquí, cómo he de estar en casa del abogado?)

LUISA. (Levantándose.) Ay, Raimundo! acaba de sucederme una extraña aventura.

RAIM. Sí?...

LUISA. Pero una aventura increible.

RAIM. De veras?..

LUISA. Has de saber... que le he visto.

RAIM. (Y me lo cuenta á mí!... Tiene gracia! (Riéndose.) A quién?

LUISA. A él!

RAIM. A él? ..

LUISA. A Saltillo.

RAIM. No es posible (Me va á vender la risa.)

LUISA. Si acaba de salir de aquí.

RAIM. (Fingiendo que se incomoda.) Ha estado en mi casa? Cuánto siento no haber venido antes!... y vamos á ver, no es verdad que se me parece?...

LUISA. Oh! mucho.

RAIM. Lo ves!... Si te digo que el otro dia me quedé estupefacto al verle... y no me extraña que todos lo equivoquen conmigo... Ah! por supuesto que tú no le habrás confundido con... (Pobrecilla, cómo la engaño!)

LUISA. No podia equivocarme, porque tú no llevas sortija de turquesas...

RAIM. (Extendiendo las manos.) Con efecto, yo nunca llevo nada... mira!

LUISA. Y sobre todo, tú no podias estar á la vez aquí y en tu cuarto.

RAIM. En... mi cuarto?... (Sin comprender.)

LUISA. Sí, hombre, en el tuyo, al cual entraste por la puerta del pasillo para darme una agradable sorpresa.

RAIM. Una sorpresa!... Mira, mira, á mí no me gustan

esas bromas... Dices que ese bribon de Saltillo estaba aquí... y que yo... el verdadero yo...

LUISA. Estabas en tu cuarto, donde me encontraste sola.

RAIM. Sola? (Inquieto.)

LUISA. Sí; Julia se habia marchado Al verte entrar me sorprendí, porque yo te hacia en casa del abogado, al paso que, marido tierno y galante, no habias salido más que en obsequio mio.

RAIM. Pero, qué obsequio es ese? De qué estas hablando?

LUISA. Querido Raimundo, me pones en cuidado; has olvidado que hace un momento... pero te pones pálido... te sientes malo?

RAIM. No, no es nada; la cabeza empieza á dolerme un poco, pero continúa; yo te traje un obsequio...

LUISA. Y del mejor gusto. Dentro de un estuche venia tu retrato que yo deseaba tener en un medallon para el pecho. Pero si tú lo sabes lo mismo que yo, á qué me haces repetir...

RAIM. (Ahora lo comprendo todo; es un lazo que me prepara.) (Con serenidad)

LUISA. Sí, tu retrato.

RAIM. Pues bien, enséñamelo; quiero verle otra vez. (Ahora cae en el garlito, porque yo no me he fotografiado nunca)

LUISA. Aquí lo tienes. (Dándole el estuche.)

RAIM. (Cielo santo! Si será verdad que existe otro yo!.. Este retrato es una prueba! Es el suyo... y es más jóven que yo...)

LUISA. Dámelo; no quiero que se separe de mí jamás. Me lo presentaste de un modo tan amable!... (Con coqueteria.)

RAIM. (María Santísima!...) Con que fuí amable, eh?

LUISA. Como al principio de nuestro matrimonio.

RAIM. (Estoy sudando lo mismo que un pollo.)

LUISA. Y luego has empleado un lenguaje tan galante, tan dulce, que he creido por un momento que te habias trasformado en un jóven de veinte años.

RAIM. Sí, eh?... (Me parece que la voy á estrangular.)

LUISA. Tú me decias que era bella, que me amabas y

al mismo tiempo me estrechabas entre tus brazos...

RAIM. Señora! (Dando un grito muy fuerte.)

LUISA. Ay!

RAIM. Si no se marcha usted, yo no respondo de mí...

LUISA. Pero...

RAIM. Qué voy á imitar á Otelo! (Amenazándola.)

LUISA. Dios mio! Se ha vuelto loco. (Vase corriendo puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

RAIMUNDO, á poco BENITO.

RAIM. Con que es cierto?... Con que existe otro yo... Sí, no hay duda; ese retrato es una prueba palpable de que no soy el único Cebollino que hay en el mundo! Yo tenia un yo... de reserva, y ahora salimos con que ese yo... no es un sér fantástico, sino un hombre de carne y hueso; y que abusando de sus ventajas físicas ha venido á mi casa, para... Voy á abrirle en canal! (Tira de la campanilla)

BENITO. (Saliendo) Me llamaban?

RAIM. Sí, ven aquí.

BENITO. (Reconociéndole.) Ah, es usted?... Hágame el favor de salir de esta casa al instante.

RAIM. Quieres no ser bruto?...

BENITO. Nada, afuera; yo cumplo con mi deber.

RAIM. (Dándole un puntapié.) Toma, para que conozcas á tu amo.

BENITO. Con efectu; ahora le conozco á usted.

RAIM. Ven acá, y respóndeme como si hubiera llegado tu última hora. Miéntras yo he estado fuera, ha venido alguien?

BENITO. Sí, señor.

RAIM. Un hombre?...

BENITO. Sí, señor!

RAIM. (El es!) Y qué clase de hombre es...

BENITO. Pues es un hombre... así como usted...

RAIM. (Como yo!) Conque es decir que se me parece?

BENITO. En cuantu á esu...

RAIM. Te ha llamado la atencion, no es verdad?

BENITO. Quieru decir, que no hay la menor...

RAIM. La menor diferencia? Luego es verdad; luego tengo un sócio... Ven acá y respóndeme como en tu última hora. Cuántas veces ha venido hoy ese hombre?

BENITO. Dos veces.

RAIM. Dos?

BENITO La primera, estuvo hablando con la señora.

RAIM. Con que estuvo hablando con... y ella, es claro, le confundió conmigo?

BENITO. Nun señor.

RAIM. Es decir que no le confundió, que á sabiendas... Ah, mujeres, mujeres! Benito.

BENITO. Señor!

RAIM. Pégame un tiro!

BENITO. Para qué?

RAIM. Para qué ha de ser, hombre, para morir.

BENITO. Cá, nun señor, yo creí que era para otra cosa.

RAIM. Pues entonces se lo pegaré á él. Oye, cuando venga ese caballero, avísame. (Sacando una pistola de la mesa de despacho.)

BENITO. Si está en casa.

RAIM. Cómo?... Todavía?..

BENITO. Esperándole á usted.

RAIM. A mí? Qué descaro! Y á dónde está?

BENITO. Escondido en el cuarto ropero.

RAIM. Voy á pegarle un tiro.

BENITO. Cómo?... Socorru. A la guardia.

RAIM. Silencio, animal! Si dices una palabra, te estrangulo!

BENITO. Pero...

RAIM. Te estrangulo. Voy á batirme con él. Dices que en el cuarto ropero.

BENITO. Sí, señor.

RAIM. Ya lo sabes... Ni una palabra... ó te... (Accion de estrangular.)

BENITO. Descuide usted!

RAIM. Hasta el otro mundo. (Vase.)

ESCENA XV.

BENITO, á poco LUISA y JULIA.

BENITO. Pues señor, yo aunque me extrambule, nun debo callarme. Señora! Salga usté pronto! Señora!
LUISA. Qué hay?
JULIA. Qué pasa?
BENITO. Que nun sé cómu decirle á usted que se van á matar.
LUISA. Dios mio!
JULIA. Quién?
BENITO. El amu y el señor que vino esta mañana.
JULIA. Pero, por qué?
BENITO. Nun lo sé.
LUISA. Y te estás con esa calma?
JULIA. Corramos á impedir... (Suena un tiro.)
LAS DOS. Ay!
JULIA. Corre, Benito, por si aún es tiempo...
BENITO. Voy volando... (Vase.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—LEON, á poco RAIMUNDO.

LEON. Favor! Socorro! No hay quien me ampare!
JULIA. Calle! Mi marido!
LEON. Querida esposa! Líbrame de ese hombre que está loco!
LUISA. Quién? Raimundo?
LEON. Sí, señora. Ahí está! Dónde me meteré? (Sale Raimundo con la pistola en la mano; viene desencajado, temblando.)
LUISA. Querido esposo!
RAIM. Aparta!
LUISA. Pero...
RAIM. Ni una palabra. Le he matado.
LUISA. Pero á quién?
RAIM. Al otro.
LUISA. Pero, desgraciado, qué has hecho?
RAIM. Una atrocidad, lo sé. Los celos me han impulsado á ello.

LUISA. Los celos.

RAIM. Benito me dijo que estaba escondido en el cuarto ropero; me fuí allí lleno de indignacion, abrí la puerta, y lo primero que ven mis ojos es á ese seductor, que me miraba con otra pistola en la mano; cegué, disparé y...

BENITO. Y ha roto usted el espejo grande del armario.

RAIM. Cómo?

BENITO. Ha hecho usted de él mil añicos.

RAIM. De modo que el hombre que estaba allí escondido...

BENITO. Ahí lo tiene usted.

LEON. (Animal!)

RAIM. Infame!...

JULIA. Don Raimundo!...

LUISA. Esposo!...

RAIM. Déjame! Quiero acabar de una vez con ese otro yo...

LUISA. Pero, hombre, no tienes ojos en la cara? Repara bien á ese caballero y dí si se te parece.

RAIM. Con efecto... Es más feo que yo...

LEON. Caballero!

RAIM. Y esa nariz... Esa nariz no es la mia.

BENITO. Como que es la suya, señor.

RAIM. Tú tienes la culpa de todo esto, que asegurabas que era...

LUISA. El esposo de mi amiga Julia...

RAIM. Ah!

LUISA. Que ha venido para no separarse más de su esposa.

LEON. Será cierto?

LUISA. (Me lo has prometido.) (Bajo á Julia.)

RAIM. Luego esto quiere decir que necesito emprender de nuevo mis pesquisas.

LUISA. Para qué?

RAIM. Para matar á mi sócio.

LUISA. Sí? Pues mátate á tí mismo.

RAIM. Cómo?

LUISA. Que has caido en tus propias redes, y que merecias un castigo mayor del que te he impuesto.

JULIA. Y tanto como lo merecia usted, señor de Saltillo.

RAIM. Perdon, Luisa mia. Desde hoy te prometo...

LUISA. Nada de promesas... hechos.

RAIM. Descuida. (Es necesario perfeccionar mi invento.)

Al público.

Ya que del susto salí
con toda felicidad,
espero de tu bondad
que no me asustes aquí
y aplaudas por caridad.